

## Caminos de la Antropología

### ENTREVISTAS A CINCO ANTROPOLOGOS

Jorge Durand, Luis Vázquez León  
(compilación y presentación)  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes,  
Dirección General de Publicaciones/  
Instituto Nacional Indigenista (Presencias 39)  
México, 1989, 240 pp.

Carlos García Mora

Muchas veces los protagonistas de la antropología en México han sido abordados de manera convencional, usando fuentes de segunda mano y enumerando datos en vez de hacer relatos históricos propiamente dichos. Sin embargo, hay tratos más estimulantes; por ejemplo, la obra biográfica *Manuel Gamio, una lucha sin final*, publicada en 1988, apareció como una excepción en la historiografía antropológica mexicana. Evitando la decimonónica costumbre de hacer seudobiografías, con base en una enumeración de méritos y una transcripción del *curriculum vitae*, su autora si relató la vida de un antropólogo y lo hizo basándose en fuentes primarias (aunque no pudo evitar el tono apologetico y formal que le fue determinado por ser la nieta de Gamio).<sup>1</sup> También

<sup>1</sup> Angeles González Gamio, *Manuel Gamio. Una lucha sin final*, Prólogo Miguel León Portilla, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, México, 1988, 261 pp. + láminas.

destacan las recreaciones de la vida y trayectoria de antropólogos desaparecidos logrados con habilidad literaria y calor humano.<sup>2</sup>

Asimismo, los protagonistas están integrados a relatos históricos en otro género de publicaciones cuya naturaleza misma así lo propicia: las entrevistas. Los testimonios orales contenidos en éstas, al ser publicados, proporcionan una fuente de primera mano que de otra manera se hubiera perdido. Antecedente inmediato a la obra aquí comentada es el interesante libro *Seis*

<sup>2</sup> Tal es el caso de las semblanzas escritas por Carlos Navarrete: "Marcos E. Becerra", "Franz Blom Petersen" y "Alberto Culebro", en *La antropología en México. Panorama histórico. 9. Los protagonistas (Acosta-Dávila)*, coordinación del volumen: Lina Odena Güemes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988, pp. 258-282, 308-322 y 533-550; "Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología: 1952-1956", en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, Mérida, año 12, septiembre-octubre de 1988, núm. 92, pp. 3-15.

*antropólogos mexicanos*, con entrevistas realizadas por María Soledad Alonso y Marta Baranda a Pedro Armillas, Pedro Carrasco, Juan Comas, Santiago Genovés, José Luis Lorenzo y Angel Palerm.<sup>3</sup> Ahora, le sigue *Caminos de la antropología*, una compilación de Jorge Durand y Luis Vázquez León con entrevistas realizadas por ellos mismos y Alicia Olivera, José Luis Domínguez y Fernando Salmerón a Pedro Armillas, Wigberto Jiménez Moreno, Ricardo Pozas, Alfonso Villa Rojas y Gonzalo Aguirre Beltrán.

Por supuesto, a lo largo de todas y cada una de las entrevistas publicadas proliferan datos de personas, obras, proyectos e instituciones, algunos desconocidos u olvidados hoy en día. Además, gracias al relato vívido que las entrevistas con protagonistas proporciona, éstas aportan elementos para determinar lo que ha sido en nuestro país la historia de la antropología. A guisa de ejemplo, el lector encontrará interesante la relación de algunos rasgos de la antropología realmente existente en México durante la época que les tocó vivir a los interrogados (más o menos a partir de la década de 1930).

Los entrevistados, en conjunto o algunos de ellos, revelaron consciente o inconscientemente, entre otros rasgos, la prolongada existencia de dos fenómenos. Primero, el arraigado "caciquismo político-intelectual", consistente en la hegemonía de figuras que aunaban su notable presencia intelectual, a través de su obra escrita y la dirección de proyectos y estudios, con el poder político de los cargos administrativos que detentaron, convirtiéndose en dueños de la última palabra no sólo en las decisiones institucionales sino, incluso, en las discusiones académicas. Y asociado a ello, lo que en el lenguaje coloquial se llamó "jefismo", fenómeno consistente en la sujeción incondicional que los jefes en turno de los departamentos o ins-

<sup>3</sup> María de la Soledad Alonso y Marta Baranda, *Palabras del exilio. 3. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México. Seis antropólogos mexicanos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento de Estudios Contemporáneos/Librería Madero, México, 1984, 284 pp. + láminas.

tituciones imponían a los antropólogos (quienes carecían de defensa sindical o era parcial).

Una consecuencia de ello fue el dominio de intereses políticos y personales sobre consideraciones académicas,

La democratización de la delegación sindical de los investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia ocurrió hasta 1974, y la organización sindical de los del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social en 1981.



ARQUEOLOGO PEDRO ARMILLAS (FOTOGRAFIA DE MARK L. SEAT VET)

y la intermitente ruptura de la continuidad en la vida institucional y científica. Además, la imposición —en los proyectos de investigación— de ideas y orientaciones preconcebidas por parte de jefes y caciques.

Pero los entrevistados también ayudaron a dilucidar cómo, a pesar de todo, se abrió camino para ideas y enfoques nuevos. Igualmente, describieron el origen de la vocación antropológica de cada uno y cómo desarrollaron sus respectivas carreras, incluso enumerando los itinerarios regionales que siguieron sus estudios. De paso, esto se traduce en una transmisión de experiencias y consejos prácticos y metodológicos para los jóvenes lectores de hoy en día.

Por otro lado, señalaron el importante papel que el azar y la casualidad juegan en la vida de todo antropólogo. Ello desmiente esas imágenes idealizadas y tan chocantemente coherentes de las biografías apoloéticas, a las que poco les falta para afirmar que sus personajes nacieron ya con un proyecto de vida y que, sin dudas ni vacilaciones y sin desviaciones ni obstáculos de por medio, se dedicaron con toda libertad a llevarlo a cabo. En cambio, según se desprende de las entrevistas compiladas, al parecer la norma fue más bien lo contrario: el abandono de los propósitos originales y la imposibilidad de cumplir siempre con los programas que de la actividad profesional se hacían los antropólogos. En efecto, para decirlo llanamente, buena parte de las investigaciones emprendidas por los protagonistas estuvo condicionada por las becas de estudio que lograron obtener y por las oportunidades concretas de empleo que tuvieron y de las cuales dependieron para sobrevivir. E incluso destaca como otro factor decisivo las responsabilidades familiares y domésticas que, a veces, obligaban a abandonar la vida aventurera y los planes iniciales.

Por cierto, en este sentido, no puede uno dejar de lamentar el que este libro, como su antecesor inmediato citado antes, no haya incluido ninguna entrevista a alguna antropóloga destacada. ¡Cómo hubieran ganado ambos en interés de haber incluido una entrevista a Calixta Guiteras, por ejemplo!



HISTORIADOR WIGBERTO JIMENEZ MORENO

Otro tipo de rasgos de la antropología hecha en México, son sus "genealogías" intelectuales, es decir, la trama de ayudas, ascendencias y conexiones entre los antropólogos en el país y entre éstos con los de otros países. Ni que decir que las entrevistas dejan traslucir lo que difícilmente proporcionan otras fuentes: simpatías y afinidades o animadversiones y diferencias personales.

Quedan a la vista influencias y relaciones políticas importantes en la fijación de posturas institucionales y en el desarrollo de carreras personales. Y más allá de los estrechos medios antropológicos, es evidente el entrelazamiento de la antropología y el contexto político general.

Desde el punto de vista de la historia de las ideas antropológicas, este libro también indica otras peculiaridades de la antropología del país. Baste mencionar la descripción de los intereses temáticos que más parecieron apreciar los entrevistados, las ideas que abrigaron y las orientaciones antropológicas que más caramente defendieron.

En efecto, es en el campo de la historia de las ideas (quizás el más cultivado

en la historiografía antropológica tradicional) donde las entrevistas hacen sus mayores aportes. Sin embargo, el origen y desarrollo de los pensamientos de los entrevistados, pudo haber ocurrido de manera diferente a como lo consignan los recuerdos que de ello perduró en sus visiones retrospectivas. Además, son visiones con la imagen que desean transmitir de sí mismos.

Lo mismo puede decirse de su trayectoria política. En sus testimonios pueden quedar ocultas, o muy vagas, sea por descuido o deliberadamente, las posiciones y relaciones políticas, así como las responsabilidades contraídas cuando fueron funcionarios, por ejemplo.

Esto es una consideración que tiene presente el antropólogo o el historiador cuando entrevista a un colega. Claro, es preciso una planeación profesional de las entrevistas para incluir, además de sesiones abiertas al libre flujo de la conversación, sesiones orientadas hacia los objetivos de una investigación específica.

Este libro de entrevistas fue preparado por sus compiladores con el inte-

rés de propugnar por una antropología de la antropología hecha por los propios antropólogos. El lector deberá preguntarse entonces hasta qué punto el productor final publicado supera las formalidades de corte académico y curricular y la intención biográfica. Las entrevistas ¿proporcionan un conocimiento antropológico de los protagonistas, de su idiosincrasia, sus ascendencias familiares y de clase, sus identidades étnicas, lingüísticas, nacionales y culturales (con cierta música, baile, comida, fiestas, etcétera), sus historias de vida, sus creencias religiosas, sus relaciones sociales, su economía doméstica, sus pautas de conducta, sus normas sexuales, sus experiencias personales, sus maneras de vivir, etcétera? ¿O quizás, esto es irrelevante y sólo interesa la antropología del trabajo antropológico propiamente dicho, como sus formas de acercarse a sus objetos de estudio, por ejemplo?

Algo debe quedar claro para el lector en general y para la comunidad científica en particular. La tarea básica de la historia y la sociología de la antropología en México es, precisamente, la de caracterizar esta antropología. ¿Qué elementos la conformaron? ¿Cuáles han sido sus peculiaridades? ¿Cuál ha sido la urdimbre de las relaciones sociales en que ha estado inserta? Preguntas simples que exigen respuestas complejas. Y acaso sea preciso, además, disponer de preguntas igualmente complejas que nos acerquen a las respuestas.

Al reunir sus entrevistas, los compiladores de *Caminos de la antropología* pensaron que en México hay una manera peculiar de hacer antropología y una razón para que así sea. Esta inquietud los llevó a sumirse en la profundidad testimonial de los protagonistas. Sin embargo, entregan el material a los lectores dejándoles la tarea de estudiarlo. Varias de las entrevistas mismas, en vez de haber sido diseñadas para responder a cuestiones históricas específicas, parecen haberse conducido por las inclinaciones biográficas del entrevistador, o anecdóticas del entrevistado; o bien, por la mirada retrospectiva de la evolución del pensamiento personal, pero sin asociar esta mirada a la resolución de algunos de los problemas del

conocimiento histórico sobre el desarrollo de la antropología mexicana. La simple suma de datos, anécdotas, biografías e, incluso, reconstrucciones intelectuales, carece del poder de ampliar el conocimiento por sí sola.

Desde hace por lo menos dos décadas, en los medios académicos ha ido creciendo la conciencia de que la historia de la antropología en México debe dejar de ser una tarea marginal e improvisada para convertirse en un campo académico bien establecido. Campo para cuyo cultivo es preciso utilizar las metodologías y técnicas de la historia y la sociología de la ciencia y las humanidades. Ello implica llevar a cabo proyectos de investigación científica en esta línea, con todo el rigor y el profesionalismo que ello exige. Hoy en día es ya inadmisibles que la historia de la antropología mexicana se siga haciendo en forma de efemérides.

Ahora bien, para que este campo de estudio disponga de una amplia base informativa, es preciso reunir cada vez

más fuentes históricas primarias. Algunas de ellas son las de la historia oral, sobre todo las entrevistas. Sólo que, como toda fuente, éstas requieren, para poder usarse con fines científicos, que sean realizadas, transcritas, recopiladas, conservadas y difundidas con base en ciertas normas. Y por supuesto, como se ha sugerido párrafos antes, la riqueza de ésta, como de cualquier otra fuente, queda al descubierto si va acompañada de un estudio orientado a vislumbrar algunos de los ahora múltiples aspectos oscuros de la formación histórica de la antropología mexicana; por ejemplo, los compiladores tuvieron la idea de que existió una veintena de "pioneros" en el origen de la antropología contemporánea en el país (idea asociada a la de que dichos pioneros escribieron una serie de obras "clásicas"). Es una idea plausible, pero, además de la necesidad de poner a discusión el término de "pionero", cabría preguntarse si el fenómeno pudo ser más complejo que la constitución de un grupo de personas preparando el camino a otras, dada la convergencia multidisciplinaria de grupos y entidades con diversos intereses, algunos de ellos extracientíficos. Así, según lo sugieren inconscientemente las propias entrevistas compiladas, más que trabajo pionero es posible que haya habido implantación estadounidense de antropologías de cierto corte. Sin duda, los entrevistados estuvieron asociados —como alumnos, ayudantes o investigadores subordinados— a antropólogos estadounidenses quienes les transmitieron ciertas maneras de hacer antropología y teorías y métodos desarrollados allende las fronteras; de manera que su trabajo fue resultado de la aplicación y adaptación de corrientes antropológicas gestadas fuera del país.

Otra posibilidad de analizar a dichos pioneros fue dejada escapar por los compiladores al pasarles desapercibida la sugerencia indirecta de uno de sus entrevistados cuando habla del análisis de las generaciones. Enfoque recibido con escepticismo en su momento, no deja de tener su interés al menos como juego intelectual. Se trata de una propuesta de Jiménez Moreno, quien sostiene la existencia de tres generaciones recientes de protagonistas: la de "los

desencantados" (nacidos entre 1917 y 1930), la de "los impacientes" (entre 1930 y 1943) y la de "los prematuros" (entre 1943 y 1956). Si así fuera, tendríamos en la primera a aquellos que empiezan a descaminar la ideología oficial dominante en México. En la segunda, a aquellos que querían acelerar el cambio. Y en la última, a los madurados prematuramente y que incluye a los miembros de la llamada "generación del 68". Propuesta muy discutible, pero sugerente. En todo caso, cualquiera que sea el enfoque adoptado, es siempre preferible la entrevista orientada a ampliar lo que hoy se sabe sobre el cómo, dónde, y por qué se conformaron las diversas antropologías practicadas en México.

En fin, los caminos están abiertos, los andadores han sido muchos y los observadores tienen mucho por estudiar. La historia y la sociología de la antropología en México tienen todo un vasto campo para la creatividad científica. Es buena hora para formar grupos de trabajo bien dispuestos para ello.